LAS APARICIONES DE LA VIRGEN DE FATIMA

Fray Antonio Corredor García
O. F. M.

Apostolado Mariano
Recaredo, 44
41003 Sevilla

Con licencia eclesiástica
ISBN: 84-7770-549-6

Depósito legal: M. 8.746-2001
Impreso en España
Printed in Spain

Impreso por:
Impresos y Revistas, S. A.
Herreros, 42. Políg. Ind. Los Ángeles
GETAFE (Madrid)

I

EN TIERRAS DE PORTUGAL

Uno de los más notables acontecimientos religiosos del siglo XX, han sido, sin duda alguna, las Apariciones de Nuestra Señora de Fátima a tres humildes pastorcillos de Portugal, llamados Lucía, Francisco y Jacinta.

Corría el año de 1917. Y estos sucesos tuvieron lugar en una pequeña aldea, perteneciente a la comarca y diócesis de Leiría, llamada Fátima, situada en la Sierra del Aire, hacia el norte y a 130 kilómetros de Lisboa, capital de la nación.

Cerca de Fátima, hay un barrio o caserío, conocido por el nombre de Aljustrel.

Aquí nacieron los tres afortunados niños, a quienes se apareció Nuestra Señora, la Virgen María.

El sitio o local donde ocurrieron casi todas las manifestaciones, se llama Cova de Iría.

Es una concavidad de unos quinientos metros de diámetro, distante tres kilómetros de Fátima.

Nadie pensara que aquel ignorado lugar iba a ser muy pronto famoso en todo el mundo.

Los pastorcitos de la Virgen

II

ERAN TRES PASTORCITOS

Los padres de Lucía se llamaban Antonio de los Santos y María Rosa de Jesús.

Tuvieron cinco hijos, de los cuales la más pequeña era Lucía.

Fue bautizada el 22 de marzo de 1907.

Contaba, pues, diez años, cuando vio a Nuestra Señora.

No muy lejos de la casa de Lucía, habitaba una tía suya, llamada Olimpia, casada con Manuel Pedro Marto.

Estos eran los padres de los hermanitos Francisco y Jacinta.

Francisco nació el 11 de junio de 1908, y Jacinta, el 10 de marzo de 1910.

Cuando se les apareció Nuestra Señora, contaban nueve y siete años respectivamente.

Eran pobres las familias de estos niños, pero muy trabajadoras y, sobre todo, excelentes cristianas.

Entre sus prácticas religiosas, además de la misa en domingos y días de precepto, que por nada habría que omitir, se cuenta el santo rosario, que se rezaba diariamente en todos los hogares.

Esta devoción, tan extendida en aquella comarca, se debía a los religiosos dominicos del extinguido y cercano Monasterio de Batalha.

* * *

La vida de los pastorcitos se deslizaba de una manera semejante a la de los otros niños del lugar, con sus virtudes, defectos y pasiones.

Sólo cambiaron notoriamente cuando empezó a manifestárseles la Santísima Virgen.

Les gustaba mucho el baile, sobre todo a Jacinta. Sonaba un instrumento y en seguida se ponía a danzar.

Las estrellas son las lámparas del Señor

También se entretenían mirando el firmamento, sobre todo en las noches de verano.

Decían que las estrellas eran las lámparas del cielo, que encendían los ángeles.

Francisco prefería el sol, la lámpara de Nuestro Señor.

A Jacinta le gustaba más la luna, porque no quemaba ni deslumbraba.

Cuando salían al campo, gozaban infinito, repitiendo, en alta voz, el nombre de María.

El eco impregnaba así todos aquellos contornos con el nombre de la Virgen.

El rosario lo rezaban de una manera especial. A cada cuenta que pasaban, decían solamente: Ave María.

De este modo terminaban más pronto, disponiendo de más tiempo para sus juegos infantiles.

Pero esto lo hacían antes de las apariciones. Después rezaban el rosario entero.

Ninguno de los tres conocía las letras. No obstante, la Doctrina Cristiana la sabían muy bien, pues sus madres se las enseñaban durante la siesta, en verano, y después de cenar, en los inviernos.

De tal modo era así, que a Lucía le permitieron hacer la Primera Comunión a los siete años, cuando, entonces, lo normal era comulgar a los diez.

* * *

Mayorcita que sus primos, era siempre Lucía la protagonista en los juegos y en los rezos, y siguió también siéndolo en las mismas Apariciones, como luego veremos.

Fue ella igualmente la primera que se dedicó a pastorear el rebaño de su casa.

Luego se le agregaron sus primitos.

Los rebaños de las dos familias sumarían, en total, unas treinta ovejas, pero suficientes para niños de tan corta edad.

* * *

Jugaban y rezaban

De Francisco aseguraban sus padres que era amable y servicial, de carácter dócil y bondadoso.

En las mañanas se levantaba temprano, para ver salir el sol.

Amaba el campo, las flores y los pajaritos.

Sentía mucha pena, si alguien estropeaba los nidos, como suelen hacer algunos niños inconscientes.

Cuando vio una vez un jilguero en manos de un amigo, le faltó tiempo para comprárselo y echarlo a volar en seguida.

Imitaba en esto, sin saberlo, a su homónimo San Francisco de Asís, que a todas las criaturas llamaba hermanas, como procedentes de un mismo y único Hacedor.

Alguna vez que otra solía encontrarse en el campo con una viejecita, cargada con un haz de leña.

Si éste se le caía, recogía las ramas dispersas y le llevaba un rato la carga, para que ella descansase.

* * *

Jacinta era la benjamina de la casa. Por eso todos la mimaban y la querían mucho.

Desde pequeña, a pesar de sus defectos, fue siempre muy piadosa.

Ved un ejemplo: Un día jugaba a las prendas con su prima, y perdió en el juego.

Lucía le ordenó que diera un beso a su hermano.

Pero ella le contestó diciéndole que por qué no le mandaba besar el Santo Cristo que pendía allí de la pared.

—Bueno —le dijo Lucía—, pues súbete en la silla, descuélgalo y me lo traes.

Cuando lo colocó en la falda de Lucía, ésta le dijo:

—Ponte ahora de rodillas, y dale tres besos y tres abrazos: uno por Francisco, otro por ti y otro por mí.

—Eso sí: a Nuestro Señor le doy todos los besos y abrazos que quieras.

Se quedó mirando el crucifijo, y preguntó:

—¿Por qué Nuestro Señor está en la cruz?

¿Por qué está el Señor en la Cruz?

—Porque quiso morir por nosotros.

—¿Puedes contarme cómo fue?

Y Lucía, que sabía muy bien la Pasión del Señor, por habérsela oído referir varias veces a su madre, empezó la narración.

Al poco rato de estar escuchando, rompió Jacinta a llorar, mientras exclamaba:

—¡Pobrecito Jesús! Yo quiero ser muy buena y no cometer nunca ningún pecado, para no hacerle sufrir más.

Un año, en la fiesta del Corpus, la dejó su hermana ir en la procesión, vestida de ángel, para que, juntamente con Lucía, lanzara flores al paso del Santísimo Sacramento.

Por más señas que le hizo su prima, no arrojó ni una sola flor en todo el trayecto.

—¿Por qué no echabas flores a Jesús?

—Porque no lo vi. ¿Lo viste tú?

—Tampoco lo vi. Pero, ¿no sabes tú que el Niño Jesús de la Hostia está escondido y que lo recibimos en la Comunión?

—Pues yo voy a pedir a mi mamá que también me deje ir a comulgar.

—Sí, pero el señor Cura no te dará la Comunión hasta que no tengas diez años.

—Pues tú no los tienes y, sin embargo, comulgas.

—Porque es que me sabía todo el Catecismo y tú no lo sabes todavía.

Cuando pastoreaba ya su rebaño, sentía especial predilección por los corderitos, sobre todo por los más blancos y pequeñuelos, y los solía llevar en brazos, para que no se cansaran.

Un día la vio su hermano cargada con un lindo corderito y en medio del rebaño.

—¿Por qué te pones en medio de las ovejas?

—Para imitar a Nuestro Señor, pues así lo he visto en una estampa que yo tengo.

* * *

Jacinta no veía a Jesús

Estos eran los inocentes niños escogidos por Dios para ser portadores de un importantísimo mensaje de salvación.

En las seis apariciones en que pudieron contemplar la divina hermosura de nuestra Madre, la Santísima Virgen María, Lucía vio, oyó y habló.

Jacinta veía y oía, pero no hablaba.

Y Francisco sólo veía, de tal manera que las dos videntes tenían que explicarle después lo que les había comunicado la Visión.

Imposible que ellos inventaran semejante gradación. Lo cual prueba por sí mismo la realidad de tan maravillosas manifestaciones.

La gracia de Dios fue transformando sus almas poco a poco.

Niños normales y corrientes, llegaron a ser auténticos héroes de la virtud, del sacrificio y de la oración.

Desconocidos en aquel entonces, hoy son gloria de Portugal y admiración y alegría de toda la Iglesia.

III

«SOY EL ANGEL DE LA PAZ»

Con las tres apariciones del Angel, pretendió Nuestro Señor preparar lentamente los corazones de los pastorcitos para los graves acontecimientos que habían de seguirse después.

Veamos cómo sucedieron.

Era el verano de 1916.

Los tres niños guardaban sus rebaños en una finca de la familia de Lucía.

Acababan de rezar el rosario. Y vieron que, sobre el olivar, se dirigía hacia ellos la figura de un joven de unos quince años de edad, de extraordinaria belleza, más blanco que la nieve y transparente como el cristal.

Al aproximarse, les dice:

—No temáis. Soy el Angel de la Paz. Orad conmigo.

Y, arrodillándose, inclinó la frente hasta el suelo, repitiendo por tres veces:

Soy el ángel de Portugal

—«¡Dios mío! Yo creo, adoro, espero y os amo. Pido perdón por los que no creen, ni adoran, ni esperan, ni os aman».

Después, levantándose, añadió:

—Orad así. Los Corazones de Jesús y de María están atentos a la voz de vuestras súplicas.

Esta oración se grabó de tal manera en la mente de los niños, que jamás la olvidaron.

Desde entonces, pasaban largos ratos postrados en tierra, repitiéndola, a veces, hasta caer rendidos.

Lucía recomendó a sus primos que no contaran a nadie nada de lo que habían visto.

Y ellos así se lo prometieron.

* * *

Transcurrió algún tiempo después de este hecho.

Y un día, en que habían ido a casa a pasar la siesta y jugaban junto al pozo, en el huerto de Lucía, ven, de repente, cerca de ellos, al Angel, que les habló así:

—¿Qué hacéis? Orad, orad mucho. Los Sagrados Corazones de Jesús y de María tienen sobre vosotros designios de misericordia. Ofreced al Señor continuamente oraciones y sacrificios.

—¿Cómo nos tenemos que sacrificar? —preguntó Lucía.

—De todo lo que podáis —contestó el Angel— ofreced a Dios sacrificios de reparación por los muchos pecados con que es ofendido, y pidiendo por la conversión de los pecadores.

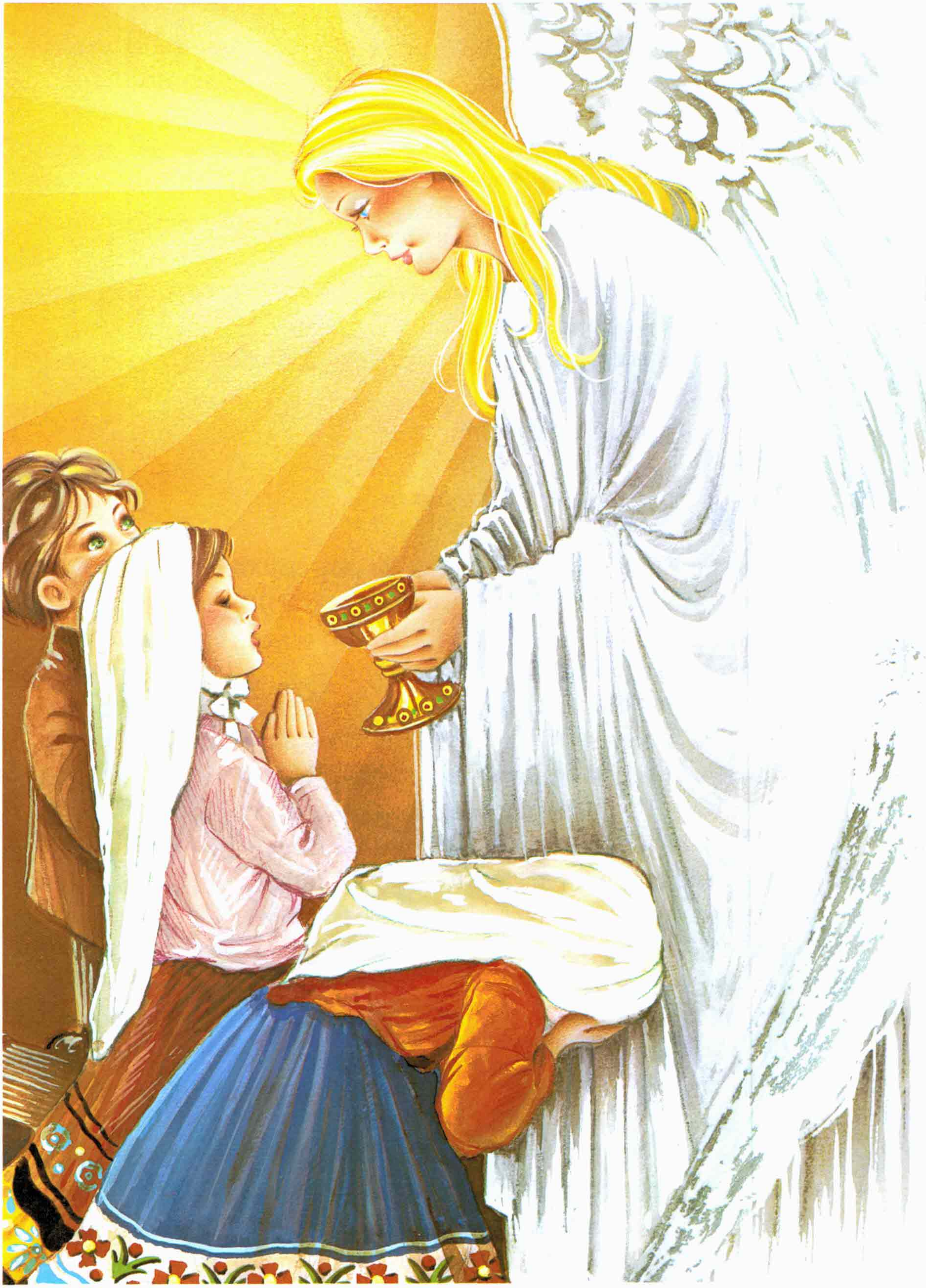
Atraed así la paz sobre vuestra patria. Yo soy el Angel de su Guarda, el Angel de Portugal.

Sobre todo —continuó el Angel— aceptad y soportad con sumisión los sufrimientos que el Señor quiera enviaros.

* * *

Bastante tiempo después, estaban en el campo con las ovejas.

Rostro en tierra, repetían la susodicha oración del Angel: «Dios mío, yo creo, adoro, espero y os amo», etc.



Y el ángel les dio la comunión

La habían rezado ya muchas veces, cuando advirtieron que brillaba, sobre ellos, una luz desconocida.

Se incorporaron para ver lo que sucedía, y contemplan al Angel, sosteniendo en la mano izquierda un cáliz, sobre el cual estaba suspendida una hostia, de la que caían, dentro del cáliz, algunas gotas de sangre.

Deja el cáliz en el aire, se arrodilla junto a ellos y les hace repetir por tres veces:

«Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo: Yo os ofrezco el preciosísimo Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Jesucristo, presente en todos los tabernáculos del mundo, en reparación de los ultrajes, indiferencias y sacrilegios con que es ofendido. Y por los méritos infinitos de su Sagrado Corazón y por la intercesión del Inmaculado Corazón de María, os pido la conversión de los pobres pecadores».

Después el Angel se levantó, toma la sagrada forma y se la da a Lucía, y reparte el cáliz entre Jacinta y Francisco, diciendo al mismo tiempo:

«Tomad y bebed el Cuerpo y Sangre de Jesucristo, horriblemente ultrajado por los hombres ingratos. Reparad sus crímenes y consolad a vuestro Dios».

Postrándose de nuevo, repitió por tres veces la antedicha oración: «Santísima Trinidad», etc., y desapareció.

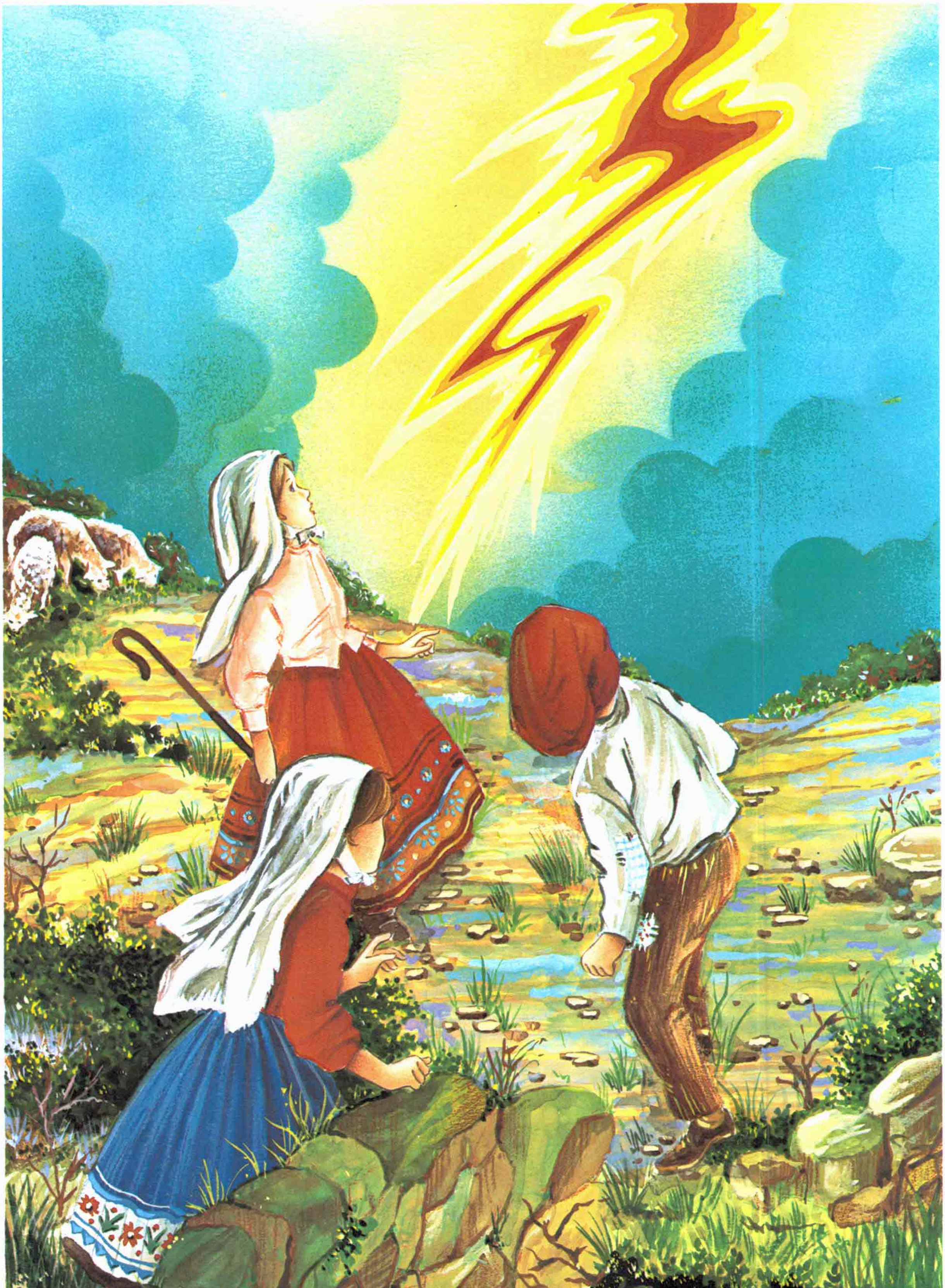
Los niños permanecieron largo rato en la misma actitud, repitiendo también esas palabras.

Cuando se levantaron, estaban como ensimismados, y Francisco fue el primero que se dio cuenta de que ya anochecía; y regresaron a casa.

IV

EN LAS RAMAS DE UNA ENCINA

Habituados ya los niños a cierto ambiente sobrenatural con las apariciones del Angel, comienzan una nueva etapa con las apariciones de la Virgen, que ellos no esperaban ni mucho menos.



Relampaguea, va a llover

Era el trece de mayo de 1917, el mes de las flores, el mes, por excelencia, dedicado a María Santísima.

Los tres pastorcitos oyeron misa muy temprano, pues era domingo.

Después de reunir las ovejas de las dos familias, se dirigieron a Cova de Iría, a una propiedad de los padres de Lucía.

Marchaban con calma, para que el rebaño pudiera ir pastando tranquilamente por el camino.

Hasta las doce del día no llegaron al sitio señalado.

Tomaron el almuerzo, rezaron una parte del rosario y se entregaron a uno de sus juegos favoritos: construir casas.

Intentaban levantar una cabaña para cuando lloviera.

Francisco era el cantero. Lucía y Jacinta llevaban los materiales de construcción.

Cuando la casa se alzaba como una cuarta del suelo, un relámpago de luz vivísima los dejó sorprendidos.

En el cielo no había ninguna nube. Pero Lucía dijo a sus primos:

—Relampaguea y puede haber tormenta.

Y comenzaron a bajar la cuesta. Delante llevaban las ovejas.

Un segundo relámpago, más fuerte aún que el primero, los hizo detener.

Entonces, delante de ellos, sobre una encina de poco más de un metro de alta, contemplan, absortos, a una bellísima joven, de unos dieciocho años de edad, vestida de blanco, más brillante que el sol.

La luz que despedía, iluminaba todo el contorno.

Está seria y parece rezar. Tiene las manos juntas sobre el pecho. De la mano derecha pende un rosario, cuyas cuentas brillan como piedras preciosas.

Los niños se hallaban como a un metro y medio de distancia.

Su primer impulso fue escapar, pero los detuvo la voz de la Visión, que les dijo:

—No tengáis miedo, que no os voy a hacer ningún mal.

Lucía, más confiada y valerosa que los otros dos, entabló con ella el siguiente diálogo:

Era una Señora más hermosa que el sol

—¿De dónde es usted?

—Yo soy del cielo.

—¿Y qué es lo que desea?

—Vengo a pediros que, durante seis veces seguidas, el día trece de cada mes, vengáis aquí a esta misma hora. En octubre os diré quién soy y qué es lo que quiero. Y todavía volveré una séptima vez.

—¿Yo también iré al cielo?

—Sí, tú irás.

—¿Y Jacinta?

—También.

—¿Y Francisco?

—También, pero antes tiene que rezar muchos rosarios.

Al decir esto, la Señora miró a Francisco con expresión de bondad y de maternal reprensión.

Se acordó entonces Lucía de preguntar por dos jovencitas que habían muerto hacía poco. Eran amigas suyas y estaban en su casa aprendiendo a tejer con su hermana mayor:

—María de las Nieves, ¿está ya en el cielo?

—Sí, ya está.

—¿Y Amelia?

—Estará en el purgatorio hasta el fin del mundo.

Y continuó:

—¿Queréis ofrecer a Dios sacrificios y aceptar todos los sufrimientos que Él os envíe, en reparación de los pecados que ofenden a su divina Majestad? ¿Queréis sufrir por la conversión de los pecadores, para reparar las blasfemias y todas las ofensas que se cometen contra el Inmaculado Corazón de María?

—Sí, queremos —respondió Lucía, en nombre de los tres.

—Pues vais a sufrir mucho, pero la gracia de Dios será vuestra fortaleza.

Luego recomendó a los pequeños que rezaran el rosario todos los días para alcanzar la paz del mundo y el fin de la guerra.

Sobre la pregunta de Lucía de si la guerra terminaría pronto, le contestó:

—No puedo decírtelo hasta que no te haya dicho también lo que quiero.

Mamá, hemos visto a Nuestra Señora

Luego la Visión comenzó a elevarse, dirigiéndose, en línea recta, hacia el este, sin mover los pies.

Los niños quedan profundamente admirados y cambian impresiones entre sí.

A Francisco, como no había oído nada, Lucía y Jacinta se lo explicaron todo, así como la inmensa dicha que les aguardaba, pues a los tres les había prometido la Visión que irían al cielo.

Se interesaron para ver dónde andaban las ovejas, resultando que habían entrado en un garbanzal, pero, milagrosamente, no habían causado daño alguno.

* * *

Aquella hermosa tarde de mayo la pasaron en la soledad de Cova de Iría, sin pensar en volver a jugar, pues les embargaba el recuerdo de lo que habían visto.

Jacinta, saltando de alegría, exclamaba de cuando en cuando:

—¡Pero qué Señora tan hermosa! ¡Qué linda es!

A la caída de la tarde, bajaron del monte y rezaron el Angelus.

Lucía tenía el presentimiento de que les podían reñir, si publicaban lo que habían presenciado. Así que dijo a sus primos:

—De lo que hemos visto, no hay que contar a nadie ni una sola palabra. ¿Estáis enterados?

—Sí; no diremos ni una sola palabra.

Pero era un secreto demasiado grande para niños tan pequeños.

Así que, una vez en casa, Jacinta lo contó todo, y Francisco confirmaba lo que su hermana decía.

La señora Olimpia lo tomó primero a risa. Después les hubiera propinado una buena somanta, a no ser por la intervención del señor Pedro Marto, que decía:

—Dejemos soñar a los niños. Después de todo, sueñan cosas buenas.

A la mañana siguiente, le faltó tiempo a la señora Olimpia para ir a contar a la madre de Lucía todo lo que le había referido Jacinta.

Decid: «¡Dios mío! Yo creo, adoro, espero y os amo...»

María Rosa, de temperamento más violento, no quiso, en un principio, dar rienda suelta a su indignación.

Pero eran tantos los chistes y comentarios que comenzaban a propalarse por el pueblo sobre los niños y sus familias, que ya no pudo aguantar más.

Y la ocasión se le presentó días después, mientras Lucía la ayudaba a esquilar las ovejas, a la sombra de las higueras, en el huerto de la casa.

El interrogatorio se desarrolló así:

—Lucía, ¿qué es eso que andan diciendo por ahí de que has visto a Nuestra Señora en Cova de Iría?

La niña vio venir la tormenta; pero, como nunca quiso mentir, contestó:

—¿Quién ha dicho semejante cosa?

—La madre de Jacinta, porque su hija se lo ha contado todo.

—Pues yo no he dicho que fuese Nuestra Señora, sino una jovencita muy hermosa. A mis primos les mandé que se callaran; pero, por lo visto, no han sabido hacerlo.

—Jacinta dice que fue Nuestra Señora. Tú dices que fue una jovencita. ¿En qué quedamos? Mira: si no dejas, desde ahora mismo, de contar esos embustes, lo menos que hago es encerrarte en un cuarto oscuro.

Apoyaban a la madre toda la familia, en especial las hermanas de Lucía, que se burlaban de ella, apodándola «santita de palo apolillado».

Tantos eran los desprecios de vecinos y familiares, que se consolaba sola llorando mucho.

Sentía disgusto hasta de la compañía de sus primos. Por eso también huía de ellos.

Estos, a veces, venían a buscarla, pero se escondía en un rincón y no respondía.

Su madre seguía empeñada en que tenía que desdecirse.

Un día, antes de salir con las ovejas, quiso obligarla a confesar que había mentido, y, por negarse a ello, cobró unos buenos escobazos, advirtiéndole:

El día de San Antonio

—Nunca jamás consentí que mintieran mis hijos y menos lo voy a consentir ahora que se trata de una mentira semejante.

Cuando, después de estas amenazas, se juntó Lucía con sus primitos, al verla llorar, le preguntaron qué había pasado.

Tuvo que contárselo todo.

Y, como Jacinta era la causante de que se supiese lo de la Aparición, se puso de rodillas delante de ella, llorando y con las manos levantadas, y le pidió perdón.

Francisco regañaba a su hermana:

—Ya ves: tú tienes la culpa. ¿Por qué contaste las cosas?

* * *

La señora Rosa decidió llevar a Lucía a casa del señor Cura Párroco, don Manuel Marques Ferreira.

Y le iba diciendo por el camino:

—Así que ya sabes: Cuando lleguemos, te arrodillas delante de él, le dices que has mentido y le pides perdón.

—Pero, madre, ¿cómo quiere que le diga que es mentira, si no lo es?

La señora Santos fue la primera en desahogarse con el señor Cura, y le comentaba:

—Sólo a mí me suceden estas desgracias.

—¡Cómo! ¿A esto llamáis desgracia?

—Sí, pues por culpa de esta chiquilla somos la irrisión de todo el pueblo.

—Bueno, pero si lo que narra fuera cierto, sería para vosotros una bendición, y el mundo entero os envidiaría.

—No puede ser verdad. Mi hija miente. Es la primera vez; pero yo le enseñaré a que no lo repita.

Y las correcciones se traducían en una serie de escobazos, que llovían, como siempre, sobre las espaldas de la pobrecita niña.

La persecución de los buenos es una de las pruebas más dolorosas que el Señor regala a sus elegidos.

Podía Lucía desahogar y tranquilizarse, exponiendo sus penas y alegrías a su madre y hermanas. Pero he aquí la mano de Dios

¡Oh, qué hermosa es nuestra Señora!

permitiendo que los de casa fueran sus primeros perseguidores.

Nos podemos figurar el sufrimiento que esto significaba para una niña de diez años, que, en lugar de mimos y caricias, no recibía sino burlas y desprecios.

Francisco y Jacinta, en cambio, no encontraban tanta oposición.

La Santísima Virgen no quería que los videntes sufrieran extraordinarias penalidades al principio, ya que se las tenía reservadas para cuando los espectadores fuesen millares y pudieran testimoniar que era Dios quien manejaba aquellos acontecimientos.

V

EL DIA DE SAN ANTONIO

Llegó el trece de junio, tan deseado por los pastorcitos para gozar de nuevo de la presencia de aquella Señora tan maravillosa.

Era el día de San Antonio, y, según costumbre en domingos y fiestas, Lucía, Francisco y Jacinta salieron muy temprano con los rebaños, y, a eso de las once horas, volvieron a casa a encerrarlos.

Marchan luego los tres a Cova de Iría.

Los acompañan una docena de amigas de la catequesis parroquial.

También habían acudido allí, por curiosidad, unas cincuenta personas.

Los niños se arrodillan bajo la carrasca grande, a unos cincuenta metros del lugar de las apariciones, y rezan el rosario.

Uno de los asistentes, en plan chungón, pregunta:

—¿Habrá que esperar mucho tiempo?

Lucía, con toda naturalidad, respondió que no.

Al poco rato, en un movimiento de sorpresa, exclama:

—Ya se ha visto el relámpago. Poco tardará.

Se trasladaron, corriendo, hacia la carrasca pequeña, donde se había aparecido la vez primera.

Lucía comenzó también ahora la conversación:

—Usted me pidió que viniese aquí. ¿Qué quiere de mí?

Jacinta ya no se cansaba de rezar

—Volved aquí el día trece del mes próximo. Rezad el rosario todos los días. Deseo que aprendáis a leer. Después os diré lo que quiero.

Lucía pidió la curación de un enfermo que le habían recomendado.

—Que se convierta y dentro de un año se curará.

—Señora, quisiera pediros que nos llevéis al Paraíso.

—Sí. A Jacinta y a Francisco vendré pronto a llevármelos conmigo. Pero tú debes seguir más tiempo aquí abajo. Jesús quiere servirse de ti para hacerme conocer y amar. Quiere establecer en el mundo la devoción a mi Corazón Inmaculado. A los que la abracen, yo les prometo la salvación. Estas almas serán bienamadas de Dios, como flores colocadas por mí cerca de su trono.

—Entonces —preguntó la niña muy triste— ¿debo quedarme sola?

—No, hija mía. ¿Sufres mucho por eso? No te desanimes. Yo no te abandonaré jamás. Mi Corazón Inmaculado será tu refugio y el camino que te conducirá a Dios.

Al pronunciar estas palabras, la Santísima Virgen abrió sus manos y reverberó sobre los niños una intensa luz, en la que se veían como sumergidos en Dios.

Por delante, a la derecha de la Aparición, vieron un corazón rodeado de espinas, que lo punzaban por todas partes.

Era el Inmaculado Corazón de María, afligido por los muchos pecados que se cometen en el mundo, y que pedía penitencia y reparación.

La visión termina.

Al marcharse la Señora, las ramas del árbol se inclinan hacia el mismo lado, como si el vestido de una persona se deslizara sobre el ramaje.

Los niños y demás concurrentes cantan, entusiasmados, las Letanías de la Virgen y, mientras se retiran, van rezando el santo rosario.

Los testigos de esta aparición se encargaron de divulgar rápidamente lo que ellos mismos habían observado y lo que habían oído de boca de los pastorcitos.

Y les mostró un corazón rodeado de espinas

Y lo que pasa siempre: ya habían comenzado las discusiones. Unos creían y otros no.

Los sacerdotes de la comarca, en general, no creían.

Y la señora Rosa otra vez quiso llevar a Lucía a casa del señor Cura.

Pero en este segundo interrogatorio se hallaban también presentes Francisco y Jacinta, pues le habían dicho a Lucía:

—Nosotros iremos contigo y, si nos pegan, lo sufriremos por amor a Nuestro Señor y por los pecadores.

El Párroco recibió a todos afablemente y preguntó a Lucía muchos detalles sobre los sucesos.

Francisco asentía a todo lo que Lucía narraba. Jacinta, empero, bajaba la cabeza cuando algo le preguntaban y no pronunció palabra.

Al salir, le dijo su prima que por qué no respondía a las preguntas del señor Cura, y le contestó:

—Tú sabes muy bien que yo te prometí no decir jamás nada a nadie.

Lucía, en su interior, iba satisfecha, pues la entrevista no había sido tan mala como le habían augurado.

Pero muy pronto comenzó a preocuparle una de las frases del señor Cura:

«Todo esto pudiera ser muy bien un engaño del demonio».

Lucía escribió, años más tarde, que sólo Nuestro Señor conoce lo mucho que le hizo padecer este pensamiento.

A causa de él, se sentía más fría en sus rezos y en sus sacrificios por los pecadores, incluso hasta más retraída con sus primitos, a quienes tanto quería.

Así que un día se declaró a ellos y les dijo:

—Mirad: yo he pensado no asistir a la próxima aparición, pues temo que todo esto sea obra del demonio.

—No hagas caso —replicó Jacinta—. El demonio no puede ser. ¿No ves que es muy feo y la Señora es muy hermosa y vimos cómo subía al cielo?

¡Oh, qué horrible es el infierno!

VI

¡QUE HORRIBLE ES EL INFIERNO!

En medio de tantas inquietudes y sufrimientos, llega el trece de julio.

Según se acerca el mediodía, va sintiendo Lucía, cada vez más, un deseo inevitable de acudir al lugar de las apariciones.

Se pone en camino y pasa antes por casa de su tío, para ver si Jacinta está allí todavía.

La encuentra, con su hermano Francisco, arrodillada junto a la cama y anegada en llanto.

—Pero, ¿estáis aquí todavía? ¡Si ya es hora!

—Es que no nos atrevemos a ir sin ti. Ven, anda, Lucía.

—Bueno, pues iré con vosotros.

Y, radiantes de júbilo y satisfacción, emprenden de nuevo aquel ya tan conocido camino.

Los esperaban allí nada menos que unas cinco mil personas.

Por eso el señor Pedro y su mujer no quisieron esta vez dejar solos a sus hijos. Y los acompañaron.

No con pequeño esfuerzo lograron abrirse paso entre el enorme gentío y llegar hasta la pequeña carrasca.

Como en anteriores ocasiones, después de un relámpago deslumbrador y dentro de una aureola de intensa luz, se presenta a los niños la Visión.

Indica Lucía que se arrodillen todos y cierren las sombrillas.

Quizás avergonzada por sus dudas anteriores, no se atrevía a hablar.

—Vamos, Lucía, habla —interviene Jacinta—. ¿No ves que está ahí y quiere hablar contigo?

Lucía se decide.

—¿Qué queréis de mí, Señora? —pregunta en un tono de gran humildad.

La Visión le repite lo que ya le había manifestado las veces precedentes.

Como no digáis el secreto, moriréis

Luego le recomienda que no dejen de volver el día trece del mes siguiente, e insiste, por tercera vez, en el rezo de cada día del santo rosario.

—Rezadlo con el fin de que cese la guerra. Sólo la intercesión de Nuestra Señora puede alcanzar a los hombres esta gracia.

Lucía ansiaba conocer el nombre de la Aparición, y pidió una prueba que confirmara la realidad de su presencia.

La Virgen le contestó:

—Seguid viniendo aquí todos los meses. En octubre os diré quién soy y qué es lo que deseo, y haré un gran milagro, para que toda la gente os pueda creer.

Y añadió seguidamente:

—Sacrificaos por los pecadores, y decid a menudo, sobre todo, al hacer algún sacrificio: «¡Oh, Jesús! Por vuestro amor, por la conversión de los pecadores y en reparación de las ofensas que se cometen contra el Inmaculado Corazón de María!».

Dichas estas palabras, Nuestra Señora abrió las manos, y el haz de luz proyectado pareció penetrar en la tierra, y se vieron como dentro de un mar de fuego.

Allí estaban sumergidos demonios y almas en forma humana, semejantes a brasas transparentes.

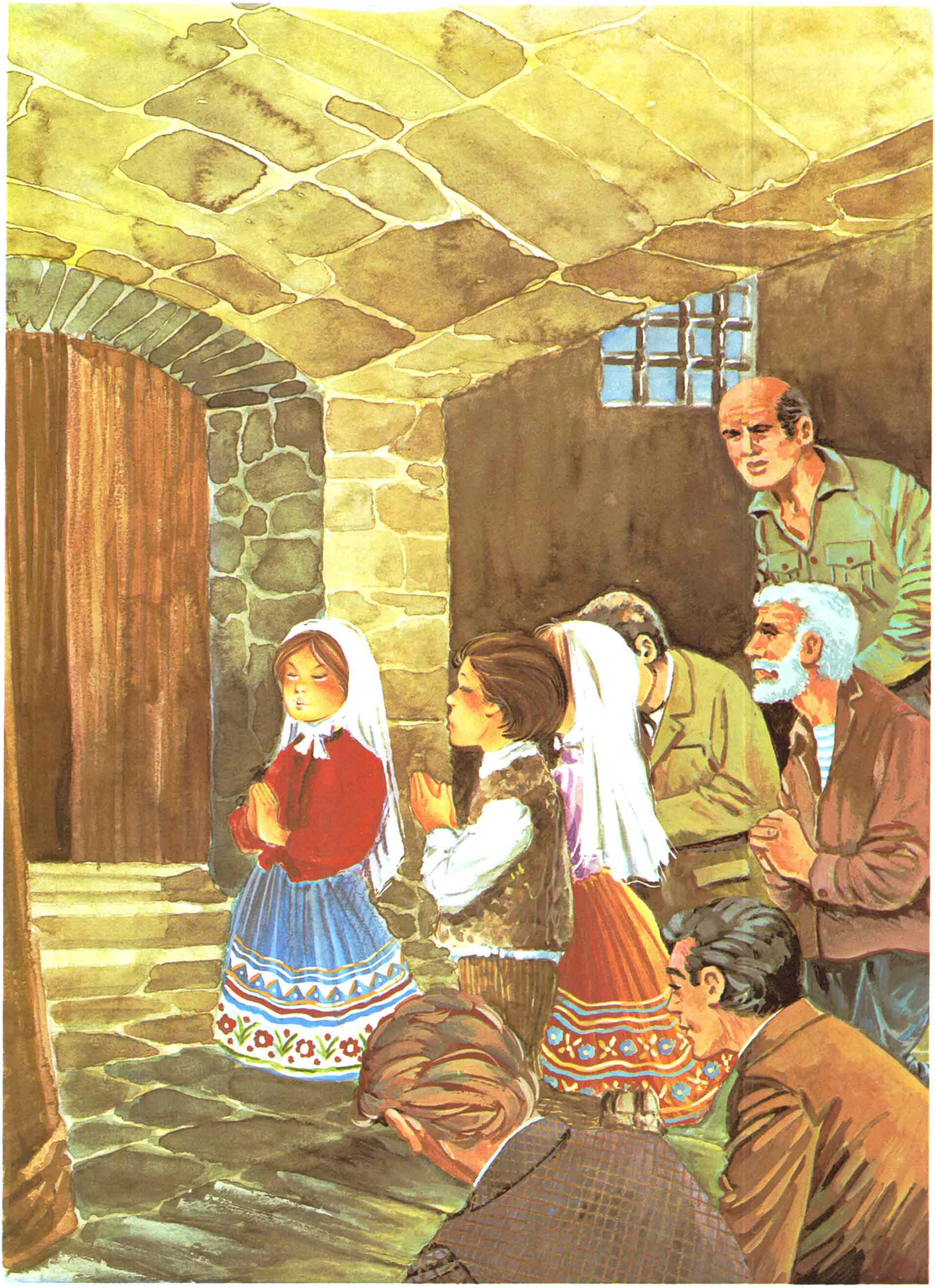
Sostenidas en el aire por las llamas, caían por todas partes, igual que las chispas en los grandes incendios, sin peso ni equilibrio, entre grandes gritos y aullidos de dolor y desesperación, que hacían temblar de espanto.

Los demonios se distinguían de las almas humanas por sus formas, horribles y repugnantes, de animales espantosos y raros, pero fúlgidos, como carbones encendidos.

A Lucía se le oyó exclamar: «¡Ay, Virgen Santa!.... ¡Ay, Virgen Santa!».

Menos mal que esta visión duró sólo un instante y que la Santísima Virgen les había prometido ir al cielo, de lo contrario —escribió Lucía años después— hubieran muerto de terror.

Entonces, como para pedir socorro, levantaron los ojos hacia la Santísima Virgen, la cual les dijo con bondad y tristeza:



En la cárcel rezan con los presos